

A pesar de la fuerza que le da saberse de la periferia, geográficamente hablando, editorialmente hablando, pero también —eso nos lo revela el libro— socialmente hablando, esta marginalidad fundamental, fundacional, que enarbola orgullosamente Alfons Cervera parece necesitar la mirada reconfortante de lo céntrico. Esos profesores de la universidad, vitalicios, cómplices pero también garantes de cierto reconocimiento académico; estos autores consagrados, citados en epígrafe, prueba de una cultura variada, abierta sobre el mundo, con unas mezclas insólitas que desdibujan al novelista —aunque se niega a subirse a los aviones—, como viajero, heteróclito y audaz. Las citas en epígrafe se ven justificadas felizmente por su inserción en el curso de la «novela». Porque, «¿será novela preguntó maliciosamente el propio autor a sus críticos preferidos? Si me decís que sí, desde ahora lo será». La verdad es que el texto se lee como una «autoficción», técnicamente y estéticamente equiparable a una novela, pero éticamente supeditada a una exigencia de autenticidad —en particular en el afán por escribir sentimientos y recuerdos—: «Esta escritura es tal vez una biografía con toda la superficie del iceberg al aire, sin escondrijos subterráneos, más roca granítica y seca como piel de lagarto que bloque de hielo en los laberintos siempre indomables de todo acercamiento a la memoria de lo que pasó [...]». El epílogo lo constituye una frase de despedida definitiva en primera persona, un tanto gélida, sacada de *La filosofía en invierno* de Ricardo Menéndez Salmón —autor español unos veinte años más joven que Alfons Cervera—, asimismo obsesionado por los temas del miedo y de la muerte. Y este final abismático nos deja con interrogantes, sin saber si el narrador ha resucitado a su madre en este libro, si ha muerto en su sitio o si, piadosamente y simbólicamente, la ha asesinado: «En una novela hubiera matado a mi madre».

Université de Bordeaux 3

ISABELLE TOUTON

Gutiérrez Aragón, Manuel. *La vida antes de marzo*. Barcelona: Anagrama, 2009. 288 pp.

Manuel Gutiérrez Aragón irrumpió en el panorama literario con *La vida antes de marzo*, Anagrama 2009, recibiendo el Premio Herralde de Novela por su trabajo. La novela nos aproxima a la vida, a los sentimientos de los autores de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, a través de un narrador omnisciente y del diálogo entre Martín y Ángel, viajeros en el tren Bagdad-Lisboa. No se conocen, pero al intercambiar el relato de su infancia el lector descubre que tienen mucho más en común de lo que se esperaba. Ambos viajan en el año 2024 en un tren circular que nunca se detiene en ninguna estación; son empujados a la misma historia, al mismo mundo conectados por ese tren que une el este y el oeste.

Esta no es la única novela que se inspira en los funestos acontecimientos

tos del 11M, basten como ejemplos *La piedra en el corazón* (Círculo de Lectores, 2006) de Luis Mateo Díez, *El corrector* (Seix Barral, 2009) de Ricardo Menéndez Salmón o *Madrid Blues* (Alianza, 2008) de Blanca Riestra. *La vida antes de marzo* se diferencia de las anteriores y otras más sobre el tema, en que no es la historia del dolor, ni la versión real de los hechos, ni del por qué y el cómo ocurrió todo; es una perspectiva sobre la vida misma, el motor que nos empuja a actuar en el mundo global en que vivimos. En una entrevista reciente Gutiérrez Aragón afirmaba: «Lo que más me interesaba es el choque entre el mundo islámico, que está tan alejado de nuestra cultura, el encuentro entre ese joven asturiano, no tan inocente, con una trama que no entienden muchos.» (García, Rocío. «Gutiérrez Aragón sitúa su estreno literario en el 11-M». *El País*, 3/11/2009).

El libro está organizado en dos partes, *El huevo* y *El tren*, desarrolladas por las dos voces narrativas de los interlocutores y «el veterano viajero que de vez en cuando se asoma a estas páginas.» (155) En la primera parte Martín relata su infancia en la Asturias rural a través de las salidas en las que acompañaba a su padre, el veterinario del pueblo. El padre insistía en que según las leyes de la mecánica se puede reconstruir un huevo, «dar marcha atrás al proceso y reconstruir el punto de partida: de los huevos batidos a la clara con su yema, y de la cáscara a la cáscara completa.» (61) En esa afirmación quizá esté el deseo de Martín de reconstruir su historia, no tanto para que no se olvide su pasado, sino para comprender y aprehender este presente que transcurre inevitable como el huevo cascado, o como el tren circular sin paradas en el que están montados: metáfora de la vida y la muerte en un mundo cambiante, sin pausa, sin transición. Incluso la narración no tiene más división que las dos partes principales mencionadas. Los capítulos se suceden sin conclusión ni introducción, empiezan y terminan *in medias res*; es más, el título de cada uno de ellos es la continuación de la conversación o del pensamiento del fin del anterior: «¿Un poco más de vino? Vaya, nos lo hemos bebido... ¿Le puedo ofrecer otra botella?» (21) Así concluye el primer capítulo para dar paso al segundo que se titula *Como le decía, mi padre era veterinario* y se inicia con esas mismas palabras. Ese continuo fluir de la narración, del tren, sólo se detiene y se fragmenta bebiendo una botella de vino diferente según la región por la que transcurren; así se suceden el recio vino rumano, de Hungría, de Austria, del Ródano... El autor ha conseguido muy acertadamente expresar que todos vivimos y morimos en un mismo planeta, en un mismo tren, de Bagdad a Lisboa.

En la segunda parte, Ángel, asturiano como Martín, es el narrador de su infancia junto a su padre, viajante de profesión, y su madre *la mondonguera*, la que hacía los mejores chorizos. El título, *El tren*, no se refiere al tren infinito donde van los dos protagonistas, sino al tren al que se subió su padre el día que se vieron por última vez, el 11 de marzo de 2004. El relato de Ángel a pesar de estar en un tren futurista en el año 2024, nos deja ver cómo era la vida de los jóvenes en los años que precedieron

ese día. Vemos en estas páginas el mundo del campo y de la mina, de familias desestructuradas, de discotecas de provincia, de la droga y subempleo en la gran ciudad, y el mundo de la inmigración, en especial de la inmigración musulmana.

La vida de los protagonistas se ve entremezclada con la de los musulmanes en España, y se aprecian aspectos de su asimilación, como el bable que habla Mohamed. Pero aquí se da un paso más allá, hay un aculturamiento inverso, Martín se enamora perdidamente de la hija del marroquí, y a Ángel se le conoce como el *Moro*. Ángel, llegado de provincias a la capital, cultiva una estrecha amistad con Sherhane el *Tunecino* y sus amigos; todos los fines de semana cocina paellas para ellos cuando se reúnen a jugar al fútbol. En el momento que relata a Martín el último favor indescriptible que les había proporcionado, le comenta: «Yo no les tenía miedo a los magrebíes. Yo mismo era Moro.» (221)

Gutiérrez Aragón nos brinda una asimilación de ida y vuelta: ha ido en las dos direcciones como ese tren que une Bagdad y Lisboa, oriente y occidente. No podía haber sido de otra manera. El mundo globalizante nos empuja a compartir circunstancias incluso aunque no lo deseemos y ese choque de culturas produce encuentros, desencuentros, culpables, víctimas, amor y destrucción. *La vida antes de marzo* acierta de pleno sin una calificación moral ni una justificación de los hechos. Al lector se le incita a la reflexión, a la par que disfruta de la acción del relato envolvente de los dos pasajeros, de sus diálogos casi cinematográficos y de los numerosos toques de humor. Quizá su único fallo sea la anagnórisis final, más propia de una comedia barroca o de un culebrón televisivo. Sin embargo, tras casi trescientas páginas donde se aúnan la vida, la historia, la explicación del presente y el encuentro del mundo de oriente y occidente, es un pequeño detalle que el lector perdonará.